

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón 24 de Agosto de 1933

Núm. 537

Propiedades de los faros

—¿Usted supiera lo bien que lo he pasado estos días! Estuve de veraneo... ¿Y donde estuviste?

—En Villanueva y Geltrú, que es una ciudad preciosa... Allí hice amistad con los niños de la colonia escolar de Verano, que también veraneaban en Villanueva, y con ellos hice una excursión por todo Villanueva, repitiéndola ocho segundos.

—¿Y gira siempre la luz de los faros?

—Los faros de entrada de puerto, suelen tener la luz fija; los demás, de distintos destellos, clasificándose según su potencia.

—¿De qué clase es el faro de Villanueva?

—De tercer orden, aunque tiene una luz vivísima, y es por su situación uno de los más bellos de España. ¿No se te ocurre preguntarme más?

—Muchas cosas se me ocurren, pero la primera de todas, es decirle que cada día estoy más contento de ignorar tantas cosas.

—¡¡Chaumete!!

—Sí, señor; estoy contento con mi ignorancia, porque así tengo ocasión de que usted me cuente cosas bonitas todas las semanas...; y no puede usted figurarse lo contentos que estamos los chicos, en cuanto que cojemos el SUPLEMENTO INFANTIL.

—¡Además, yo también tengo mi orgullo en estas charlas, porque si fuera por Chaumete, no podría usted decir to lo que dice.. ¡No saben lo que me deben los chicos que me llaman torpe!

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—En Llobregat hay una, que presta importantes servicios.

—Oiga usted; una pregunta: ¿Tienen todos los faros la misma altura?

—De ninguna manera. Los hay de veinticinco metros de torre, como el de Villanueva, y también de sesenta y más metros.

—¿Y gira siempre la luz de los faros?

—Los faros de entrada de puerto, suelen tener la luz fija; los demás, de distintos destellos, clasificándose según su potencia.

—¿De qué clase es el faro de Villanueva?

—De tercer orden, aunque tiene una luz vivísima, y es por su situación uno de los más bellos de España. ¿No se te ocurre preguntarme más?

—Muchas cosas se me ocurren, pero la primera de todas, es decirle que cada día estoy más contento de ignorar tantas cosas.

—¡¡Chaumete!!

—Sí, señor; estoy contento con mi ignorancia, porque así tengo ocasión de que usted me cuente cosas bonitas todas las semanas...; y no puede usted figurarse lo contentos que estamos los chicos, en cuanto que cojemos el SUPLEMENTO INFANTIL.

—¡Además, yo también tengo mi orgullo en estas charlas, porque si fuera por Chaumete, no podría usted decir to lo que dice.. ¡No saben lo que me deben los chicos que me llaman torpe!

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

—Pero gracias a los cristales de aumento que rodean la bombilla, el faro de Villanueva só puede iluminar mil bujías de luz, durando no más horas la resistencia de la lámpara.

Blanca cuando estuvo arreglada, se fué a dar un beso a su madre y a su hermana y se despidió de Luis y Miguel dándole la mano, diciéndole tanto gusto en conocerles. Ya se iba a marchar, cuando Luis le dijo:

—¿Podemos ir con usted, Blanca?

La niña contestó:—No tengo ningún inconveniente.

Los jóvenes, después de darles las gracias a todas, se fueron.

Las dos familias adquirieron gran amistad y al cabo de algunos años se casaron: Luis con Blanca y Miguel con Amalia, y fueron muy felices toda su vida.

ROSITA CLARAMUNT

El nido de golondrinas

Muchos años hacía que en mi habitación venían a hacer su nido una linda pareja de golondrinas a las que el año pasado ocurrió una tragedia que aún al recordarla no puedo menos de sentir un gran pesar.

Volieron las oscuras golondrinas a su debido tiempo. Una de ellas llevaba atada a una patita, una cinta que antes fué roja pero que con el tiempo se convirtió en un rosa pálido.—Algún chico mal educado—pensé. Más a la mañana siguiente noté que la golondrina de la cinta rosa no estaba en su nido.

No paré de buscarla por todo el pueblo con la vista en alto. Era casi caída la tarde cuando ya cansado de vagar, me dirigí hacia el camino de la ciudad y... ¡horror! al levantar la vista hacia la inmensa tela azul que es el cielo retrocedí espantado.

La golondrina estaba enredada con la cinta rosa en los cables telegráficos, junto a ella estaban revoloteando una bandada de golondrinas que chillaban estridentemente. Batí palmas, para alegrar a las compañeras de la desgraciada golondrina. La cinta rosa que colgaba de una de sus patas, como el rabo fino de una cometa, le impidió huir con sus compañeras. Al oír aquel palmoteo, giraba, en un girar vertiginoso, de agonía, era un pliar estridente—rueda de afilador con astronomía de llanto; giraba, giraba sepultada entre el cielo y el campo. Poco a poco sus gritos se fueron haciendo más breves; la asfixia hizo parpadear, frente a la luna creciente, la estrella de pluma del pecho con el oleaje de un jadeo último.

A la tarde siguiente volví a verla. Junto a ella estaba el coro silencioso de sus compañeras ploteando los alambres cual si quisieran telegrafiar su duelo a todas las golondrinas del mundo.

Mientras tanto en el nido ya no era todo alegría, los pequeños piaban lastimeramente.

Un día estaba yo leyendo un librito que me habían regalado cuando vi al gato que, cual el tigre, esperaba el momento oportuno para caer sobre su víctima. No di importancia a ello y seguí leyendo, pero no había leído aún cuatro líneas cuando un chillido estridente, un chillido de golondrina herida me sacó del mundo de las lecturas. Tiro el libro y veo que el gato tiene en sus dientes a la golondrina padre. Corro hacia él, le arrojo lo primero que hallo y el gato suelta su presa, la cojo, procurando no dañarla, pero es inútil, la pobre golondrina había muerto.

Transcurrieron dos días y las tres golondrinas dejaron de existir faltas de los cuidados maternales... y mi nido se quedó vacío y allí está en mi cuarto como un recuerdo trágico de la alegría que antes rebozaba en él una familia de lindas golondrinas.

ANTONIO ROCA RUBÍ

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

En las colonias portuguesas del África ecuatorial, todavía existe el mercado de compra y venta de cautivos negros.

La esclavitud aún no ha desaparecido de la tierra. Aunque la civilización haya ido desterrando estas viejas costumbres de los pueblos, todavía existen algunos de ellos, en los cuales, el esclavo es el ser desdichado que soporta con triste resignación, el infortunio de su vida prisionera.

Aquí tenemos a Portugal, que a pesar de ser un pueblo culto y civilizado, nadie puede impedir que en sus colonias, ciertas razas de negros del interior cultiven en sus tribus este signo de atraso y de pérdida de libertad.

La vasta colonia de Angola, posesión portuguesa en el África ecuatorial, ha venido a ser en la actualidad, por lamentables abandonos de sus administradores, el último refugio de la esclavitud africana.

Si oímos los informes que nos suministran viajeros que han transitado por aquellas tierras, veremos que allí, proplamente dicho, los esclavos no se venden. Pero en cambio, existen avisados agentes de comercio que se encargan de demostrar lo contrario.

Especuladores sin conciencia, gentes sin escrúpulo, amparados en una impunidad permanente, saben valerse de sus argucias y tretas para llegar a las tribus del interior. En ellas, sus individuos, carecen de libertad. Pobres gentes fanáticas, analfabetas, son compradas a precios inverosímiles aprovechando un momento de querrela entre las tribus.

Los infortunados negros, una vez hecha su compra, son conducidos a pie centenares de kilómetros que a veces llegan hasta mil. Los recorridos tan penosos influyen en la siembra de mil enfermedades que muchos de estos pobres seres no pueden soportar quedando en el camino sus cadáveres para alimento de las fieras salvajes.

Pero con la mitad del cargamento y todo, los hábiles agentes de este comercio se dan por muy contentos cuando logran llegar a los pueblos de la costa. Porque saben que el rebaño humano ha de ser para ellos un pingüe embolso para sus gavetas.

Cuando estos cautivos arriban al fin de su destino, los que no han perecido en la expedición, dejan de serlo para adquirir una plena libertad, que no lo es y siguen siendo tan esclavos como antes. Entonces los especuladores se ponen en relación directa con otros agentes encargados de la contrata de estos seres y se les obliga a tomar el trabajo en las diversas obras que se ejecutan.

Naturalmente, los cautivos, desconocen el idioma de los blancos, hablan su lengua desconocida. Y como nadie los entiende ni saben explicar su infortunio, las autoridades no tienen más remedio que transigir y tolerar ese comercio clandestino, que se les presenta sin esa circunstancia oficialmente.

Los negros son muchos de ellos enviados a la isla de Santotomé y del Príncipe, en donde son destinados a trabajar en las plantaciones, sin jornada legal de trabajo, y por jornal, a lo sumo, unas cuantas monedas a fin de semana. Desde luego, la empresa contratante corre a cargo de la manutención de los pobres desgraciados seres mientras prestan un rendimiento de labor.

Los agentes, cuando los negros están ya cubierto de cualquier sospecha de las autoridades que pueda destruir el comercio realizado, reciben primas que oscilan entre las quinientas y mil pesetas por individuo. Como se verá, no deja de ser muy lucrativa para esos malvados aprovechados del analfabetismo de los negros, el beneficio del negocio.

Los indígenas viven en chozas de bambú construidas por ellos mismos. Las condiciones de salubridad son tan escasas, que mueren centenares de indígenas por las influencias nocivas del suelo y del clima.

La Angola es una colonia portuguesa muy fértil. Tiene una superficie muy superior a la que podrían presentar Italia, Suiza y Francia reunidas. El número de sus habitantes llega a cin-

co millones, en su totalidad negros, puesto que europeos o blancos no alcanzan a 10 000.

La capital de la Angora es San Pablo de Loania, la más vieja ciudad portuguesa, situada al sur del Ecuador: Cuenta alrededor de 30.000 habitantes.

Entre los negros, la poligamia constituye un hecho típico. Negros con varias mujeres, y mujeres con varios negros. Una especie de igualdad de derechos para ambos sexos. Pero ocurre que las esposas, poseen sus bienes propios y sus ocupaciones consisten en atender los jardines, la casa, etc. También las faenas de la recolección están encomendadas a ellas.

Las madres de familia no están dispensadas del trabajo y éste han de hacerlo en los campos cargando en sus espaldas a los pequeños, que durante las treguas de la labor, amamantan.

Los hombres participan en las siembras y en los trabajos un poco más penosos, si bien es de advertir que en todos los órdenes de la vida, hombres y mujeres por igual están obligados a ganarse el sustento con arreglo a sus recursos físicos.

Como se verá, Angora no es aún el paraíso terrestre y dista mucho de que llegue a serlo para generaciones futuras.

EL SILBATO

Aún era un niño de siete años—refiere el famoso Franklin—, cuando un día de fiesta hubieron mis parientes de llenarme los bolsillos de monedas de cobre. Luego, al punto me enderecé a una tienda con ánimo de comprar juguetes; pero el chillón sonido de un silbato que había visto al paso en manos de un muchacho, me encantó de tal manera que le ofrecí por él de buenas a primeras todo el dinero. No sé lo dije a un sordo, pues en el acto aceptó la propuesta y quedó el trato cerrado. Preñado de mi silbato, volví luego a mi casa, donde estuve soplando hasta fatigar mi aliento y la paciencia de la familia. Enterados mis hermanos de la compra, asombráronse, primero, y burláronse al fin de mi sencillez, sin la cual, y con tantas monedas, hubiera podido tener hasta veinte silbatos y otras tantas golosinas.

Cayendo entonces en la cuenta del engaño y doliéndome la pérdida, me eché a llorar con más aflicción que gozo había tenido antes soplando el dichoso silbato. Pero la ocurrencia hizo en mí impresión tan indeleble que me fué muy útil en adelante. A menudo, cuando caía en la tentación de comprar algo innecesario, decía para mí:—No tengamos la del silbato.—Y con esto me ahorraba el dinero.

Beneficios que reporta la paciencia

La paciencia, además de una virtud, es una necesidad para el mejor acierto en los actos de nuestra vida.

Infinidad de refranes demuestran las excelencias de la paciencia, la cual es predicada por muchos santos padres.

Las ciencias, las artes e industrias deben sus adelantos a la paciencia; sin ella no habríamos llegado al grado de perfeccionamiento en que nos encontramos.

FOLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(65)

se yo del matrimonio de mi hijo. Creo que habrán de pasar muchos meses antes de que podamos hablar de él.

Fué lo suficiente. El viejo Duque comprendió y, procurando disimular su disgusto, permaneció todavía el resto de la semana en Fenollar. Durante aquellos últimos días el Conde procuró estar más afectuoso que nunca con su prima pasando junto a ella casi todo su tiempo. El Príncipe, en cambio, apenas se separaba de Gloria como si tratase de averiguar, con una constante observación, algo que le importaba mucho. Ardientemente esperaba impaciente la respuesta de Gloria sin atreverse a presentarse en el castillo.

Por fin se marcharon los Florán. La despedida de Carmen Cortezo fué cruel para Gloria. En el andén de la

En el trato social se necesita una gran dosis de paciencia; el poseerla demuestra los grados de cultura que se tienen, y nos hace simpáticos a nuestros semejantes, precisamente por las tolerancias que demostramos en casos de impertinencia.

Con paciencia y sin precipitación, casi siempre deplorable, alcanzamos más o menos tarde el fin deseado, y si por último no se consigue, la paciencia nos da calma y nos evita la desesperación.

Resumiendo: la paciencia nos proporciona tranquilidad, resignación, o cálculo discreto, para meditar los asuntos; por consiguiente, ventajas para resolverlos, y por último, nos facilita el camino de la bienaventuranza y del aprecio general.

VENTURA NOVES MUR

Los cazadores de osos acuden por medio de la radio a hacer sus consultas al profesor médico

En las regiones del Norte de Canadá tan frías y heladas, existen instalados numerosos puestos de telefonía sin hilos que prestan incalculables beneficios a los habitantes de esos territorios en la curación de enfermedades y en la prestación de socorros.

Cada una de esas estaciones posee un manual especial que permite al operador guiar al herido o al enfermo en la curación. El empleado recoge lo más exactamente posible las manifestaciones del visitante y las transmite por radio al doctor Parsety. Este desde su gabinete recibe el mensaje y estudia el caso pensando aquellos medios que ha de formular para la asistencia del que acude en su auxilio.

El desarrollo de este original método ha dado lugar a obtener frecuentemente curaciones. Indios, esquimales y los mismos cazadores que se hallan a enormes distancias de territorios poblados han usado del sistema con buenos resultados.

Como los puestos de socorro se encuentran emplazados en las regiones árticas el número de medicamentos de que se puede disponer es bastante limitado. Por lo tanto las fórmulas del doctor siempre son muy corrientes.

Los cazadores de osos, por ejemplo son seguramente los que más utilizan este servicio. Aunque ellos ya tienen su medicina especial, no obstante se registran casos verdaderamente apurados en los cuales se recurre a los consejos de este doctor. Y más de una vida se ha logrado salvar siguiendo las instrucciones que él envía por la radio.

También se da el caso de buques que no llevan a bordo médico y por radio envían mensajes al galeno buscando su opinión y su consejo. Y naturalmente, la respuesta no se hace esperar y el tripulante enfermo encuentra alivio y mejoría con las orientaciones que se reciben del profesor.

Estos servicios tan originales y eficaces son costeados en el Canadá por el Ministerio de la salud pública y en vista de la buena acogida que en los territorios deshabitados tiene se ha pensa-

estación, al alargarle la mano, dijola con acento incisivo.

Deseo a usted buena suerte, Gloria, pues me marcho con la certeza de que conseguiré lo que se propone.

Y, al decir esto, los ojos pardos de mirar astuto y felino, iban con elocuente expresión, desde ella hasta el elegante señor de Fenollar que, ajeno de todo, tributaba las postreras atenciones a su tío.

Gloria ahogó a duras penas su indignación pero no pudo evitar que una lágrima rebelde le asomase a sus ojos, y la de Cortezo fuése contenta porque iba segura de haber infligido un dolor a la que desde el primer día miró como rival.

Bajo aquella impresión molesta, Gloria permaneció triste y preocupada todo el día. Por la tarde se retiró pretextando una indisposición y ya no bajó en toda la velada.

Fernando, en cambio, respiró satisfecho en cuanto hubo perdido de vista a sus parientes y se le oyó cantar acompañándose al piano. Tenía un aire alegre que le animaba el rostro, del cual desaparecían las huellas de la

do en la forma de extenderlo para que sus beneficios cuidados puedan ser utilizados por la mayor parte de las gentes cuya vida se desenvuelve en las regiones árticas en donde se carece de los más indispensables medios para hacer frente a cualquier enfermedad.

Pero estamos viendo que el mejor día el profesor asombra a sus clientes enviando por medio de ondas el bálsamo que directamente vaya sobre el cuerpo de sus consultantes realizando de esta manera maravillosa su curación.

Que con los adelantos que cada día se obtiene no tendría nada de particular que fuera una realidad el sistema.

¿Qué ficha es?

Dígame a un amigo que escoja una ficha cualquiera del dominó, sea doble o no, y mándesele multiplicar por cinco el número de puntos de cualquiera de las dos mitades de la ficha... Entonces dígamele que añada siete al resultado y que doble la suma, y una vez hecho esto, que sume al total el número de puntos de la otra mitad de la ficha.

Todas estas operaciones debe hacerlas el amigo secretamente, y cuando les haya hecho, no siendo blanca doble, puede acertarse restando 14 de la suma total declarada por el amigo.

Supongamos que el amigo toma el seis cuatro y elige entre ambos números el seis.

Este número multiplicado por cinco, da treinta; añadiéndole siete, son treinta y siete; y doblando ese número se obtiene setenta y cuatro, y añadiendo ahora los puntos de la otra mitad de la ficha (cuatro) resulta un total de setenta y ocho, que es la única que nuestro amigo nos declara.

Entonces el que hace el experimento resta catorce de setenta y ocho y le quedan sesenta y cuatro. Separando las cifras (64) queda descubierta la ficha escogida por el amigo.

HECHO HISTÓRICO

El gran Quevedo no perdió su humorismo ni aun en el trance de la muerte.

A punto de morir, y estando redactando su testamento, empezó a dictar lo que dejaba para su funeral. El que lo escribía, creyendo una omisión de Quevedo el que no dejara nada para pagar la música del mismo, le preguntó:

—Y para la música, ¿oo de la nada?

—La música que la pague quien la oiga.

enfermedad, más rápidamente de lo que en un principio se esperaba.

De velada, junto a la chimenea encendida, fumaban los dos Agregados de Embajada, mientras Róspide, Pilar, el Cura del pueblo y el Juez, en grupo aparte, jugaban al tresillo.

—¿Qué soledad!—murmuró el Conde tirando la punta del cigarro al fuego donde ardía consumiéndose un millonario tronco de carrasca.

—¿Echas de menos los chascarrillos del Duque o las coquetéras de su hija?—le insinuó irónicamente el ruso. —Ni los unos, ni las otras... es decir, nada. No, no es eso... No sé como decirlo. Estoy contento de que se haya ido porque, realmente, me sentía molesto, pero me abruma la soledad de esta noche de descanso tan silenciosa y me espanta la visión de otras noches verídicas, más solas aún, cuando tú te marchas, cuando se vuelve en Fenollar a la vida monótona de siempre.

—No se quedará el doctor? —Se debe ir pronto, a menos que... —¿Qué? —Hubo una pausa. Romanieff, espera-

ba intrigadísimo. Lentamente, el Conde añadió suficiente decisión para declararse a Gloria y que Gloria le acepte.

—¿Tú crees? —No estoy muy seguro de que si ni de que no. —Yo—dijo resueltamente el moscovita—vengo observando detenidamente a la señorita de Róspide, y tengo la convicción de que no quiere al médico.

Y al dejar caer las palabras con estudiada lentitud, miraba de hito en hito a su amigo, como queriendo sorprender a través de la máscara impenetrable de su cara, el efecto que hacían.

—¿Quizás a otro? —Muy espasiosamente, aseguró el Príncipe. —¿Sí? Quizás. —Se miraron. Al resplandor de las lámparas, suavizado por verdes pantallitas, el rostro de Fernando, algo pálido, irradiaba una curiosidad llena de inquietud. Para él, tan conocedor del carácter de su amigo, no había pasado inadvertida la rigurosa asiduidad de

SALDO DE CHISTES MALOS

—Y si eres juiciosa y buena, te llevaré a ver los pasteles. —Pues entonces seré mala para mirarlos siquiera.

Un turista acompañado de su hijo visita una típica montaña ante la cual aquél queda pensativo un rato. Mira fondo y se aterra. El guía, le advierte rincón. La última semana cayeron en él doce turistas.

—Pero eso no nos ocurrirá a nosotros, que sólo somos dos.

—¿No sabes una cosa? —Tu dirás. —Que Justo se ha casado con una muchacha riquísima.

—¿Qué mentiras me cuentas? —No tenía un céntimo! —Pero él acudió a ella y le dijo la verdad, que no podía vivir sin su pañita.

—¿Qué es lo que quieres tú ahora, monina? —Quisiera mamá, que comprara seis cajas de bombones y llamara a todos los niños de los vecinos para que vieran como me los comía.

El pobre Luisito ha salido del colegio amargado. Todo compungido y lágrimas en los ojos va hacia su casa y le pregunta:

—¿Por qué lloras? ¿Qué te ha pasado? —El profesor me ha expulsado del colegio. No he sabido contestar el problema.

—¿Y cual era? —Que si me vendía seis melones una peseta cada uno, ¿cuántas toneladas daré? —¿Y por eso te ha expulsado?

—Sí, señor. —Pues anda, vusive y dile que pesetas; ¿no vendía también por toneladas? —No, señor. No quería, porque le ofrecí siete y no contestó.

—Juanito, estoy viendo que ademas mucho en el piano. —Sí, mamá. La profesora me ha dicho que siempre voy tres o cuatro países adelantados.

que había hecho objeto a Gloria aquella observación constante, hijas sus palabras. ¿Qué quería decir el Príncipe Romanieff? Imperante siguió:

—Y en esa soledad que te horro para el mañana no me añoras a mi al Doctor, ni al Duque de Florán, ni a tu hija, ni el bullicio y las distracciones de estos últimos días.

—¿Pedro! —Lo que te asusta es el pensamiento de verte sin ella, de sentarte en sillón vetusto sin que a su lado, el codo apoyado en el brazal, su deliciosa como música diga frases vales que te suenan en los oídos como un poema, y en el corazón como un canto de esperanza; sin que en los ojos se reflejen aquellos otros ojos de Fenollar oía extático, sólo que réplica lograrse acudir a sus labios.

—Al principio la odiabas, y en

que había hecho objeto a Gloria aquella observación constante, hijas sus palabras. ¿Qué quería decir el Príncipe Romanieff? Imperante siguió:

—Y en esa soledad que te horro para el mañana no me añoras a mi al Doctor, ni al Duque de Florán, ni a tu hija, ni el bullicio y las distracciones de estos últimos días.

—¿Pedro! —Lo que te asusta es el pensamiento de verte sin ella, de sentarte en sillón vetusto sin que a su lado, el codo apoyado en el brazal, su deliciosa como música diga frases vales que te suenan en los oídos como un poema, y en el corazón como un canto de esperanza; sin que en los ojos se reflejen aquellos otros ojos de Fenollar oía extático, sólo que réplica lograrse acudir a sus labios.

—Al principio la odiabas, y en

que había hecho objeto a Gloria aquella observación constante, hijas sus palabras. ¿Qué quería decir el Príncipe Romanieff? Imperante siguió:

—Y en esa soledad que te horro para el mañana no me añoras a mi al Doctor, ni al Duque de Florán, ni a tu hija, ni el bullicio y las distracciones de estos últimos días.

—¿Pedro! —Lo que te asusta es el pensamiento de verte sin ella, de sentarte en sillón vetusto sin que a su lado, el codo apoyado en el brazal, su deliciosa como música diga frases vales que te suenan en los oídos como un poema, y en el corazón como un canto de esperanza; sin que en los ojos se reflejen aquellos otros ojos de Fenollar oía extático, sólo que réplica lograrse acudir a sus labios.

—Al principio la odiabas, y en

que había hecho objeto a Gloria aquella observación constante, hijas sus palabras. ¿Qué quería decir el Príncipe Romanieff? Imperante siguió:

—Y en esa soledad que te horro para el mañana no me añoras a mi al Doctor, ni al Duque de Florán, ni a tu hija, ni el bullicio y las distracciones de estos últimos días.

—¿Pedro! —Lo que te asusta es el pensamiento de verte sin ella, de sentarte en sillón vetusto sin que a su lado, el codo apoyado en el brazal, su deliciosa como música diga frases vales que te suenan en los oídos como un poema, y en el corazón como un canto de esperanza; sin que en los ojos se reflejen aquellos otros ojos de Fenollar oía extático, sólo que réplica lograrse acudir a sus labios.

—Al principio la odiabas, y en